

El profetismo de los laicos

Miguel Ángel Medina Escudero

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN La aceptación de la Palabra de Dios exige del cristiano una doble fidelidad: a la Palabra y al Espíritu. Cuando existe esta receptividad fiel, se siente en el corazón una imperiosa exigencia de comunicarla a todos y en toda circunstancia. En la Palabra y el Espíritu, el laico encuentra la base y fuerza para ejercer su apostolado profético en medio de la sociedad en la que vive. Esa misma realidad teológica, aporta unas características y acentos específicos a su hacer profético. Pero, también exige unas actitudes y características para su conveniente desarrollo: seguir el modelo de Cristo-profeta.

PALABRAS CLAVE Laicos profetas, *tria munera Christi*, exhortación, consolación.

SUMMARY *Accepting the Word of God obliges a Christian to a double loyalty: Loyalty to the Word and to the Spirit. When this dual loyalty is fulfilled, the faithful Christian's heart feels the demanding drive to communicate it to everyone and in every circumstance. In the Word and in the Spirit, the layperson finds the basis and strength to carry out a prophetic apostolate within his or her surrounding society. This theological reality carries with it specific characteristics and nuances in the prophetic task. However, it also requires attitudes and characteristics in order to be carried out, that is, it has to follow the model of Christ the Prophet.*

KEYWORDS *Lay prophets, Tria munera Christi, Exhortation, Consolation.*

I. INTRODUCCIÓN

El cristiano va conformando su identidad al mismo tiempo que se abre a la Palabra de Dios. Su conversión-transformación podría definirse como un desarrollo de apertura-encarnación del evangelio, comprometiéndose en un proceso de encarnar los criterios de Cristo, su escala de valores y su disponi-

bilidad. En esa “conversión”, la Palabra aparece siempre como el fundamento constructor y animador de ese proceso.

Todo se aprecia a su luz, dejando lo restante en un segundo plano; asumiendo una total disponibilidad para dejarlo todo, si llegara el caso. Para el cristiano, la Palabra está por encima de toda ideología y punto de vista, lógica o interés humano. Y la razón es porque, este bautizado en Cristo, se mueve animado por el Espíritu de Cristo resucitado. El convertido-cristiano anuncia la esperanza traducida a confianza, audacia, tensión. Vive y contagia una conversión de escala de valores, que lo enfoca todo a la luz de la historia de la salvación, de la que él mismo es beneficiario. El cristiano recibe el mensaje de Cristo con objetividad, tal como es, sin tergiversarlo y sin amalgamarlo con las propias opiniones e intereses; no para guardarlo de modo aséptico, sino para captar su sentido, con toda la hondura y perpetua novedad y prolongarlo hacia otras personas y circunstancias.

Es inaceptable la pretensión de conversión y seguimiento cristiano, si quien se ha abierto al amor de Dios conserva sólo para sí la alegría del Evangelio. Por la dimensión misma de esa Buena Noticia, quien la recibe y acoge está llamado a salir de sí¹ y transmitir a los demás la dicha del don recibido: la fe.

Lo que empuja, al cristiano y a la Iglesia a salir de sí, es el encuentro personal con Jesús, que cambia la vida de quien acepta ese encuentro, hasta transformarlo en discípulo misionero (EG 120). El fruto de este encuentro transformador se torna en necesidad de contagiar a los demás la alegría de la vida recibida por gracia. El discípulo no precisaría de un encargo especial para evangelizar, le bastaría la certeza de haber hallado la perla de gran valor.

Su “sí” compromete toda su persona. En su acción, el fiel cristiano compromete toda su persona, con su tiempo, cualidades y carismas, bienes personales, méritos y posibilidades. La vivencia cristiana es, pues, vivencia y llamada a conquistar, con la ayuda del Espíritu, una actitud de bienaventuranza: reaccionar amando ante cualquier circunstancia. La donación del laico a la Palabra es incondicional, pero se va realizando en cosas pequeñas todos los días. La caridad y preocupación salvífica del cristiano se alimenta siguiendo la pauta del “haced lo que Él os diga” (Jn 2,5).

1 Esta “salida”, el Pontífice Francisco la hace extensiva a toda la Iglesia. Cf. D. GARCÍA GUILLÉN, “Una Iglesia en salida. A propósito de *Evangelii Gaudium*”: *Facies Domini* 6 (2014) 53-94; F. J. ANDRADES LEDO, “Iglesia en misión: el ‘lenguaje’ pastoral de *Evangelii Gaudium*”, en: J. NUÑEZ REGODON (coord.), *Los lenguajes del papa Francisco* (Salamanca 2015) 33-61.

Esa transformación del cristiano se fragua en el silencio. Ahí descubre que las palabras humanas valen poco, mientras que se agranda la importancia de la Palabra de Dios, y aún más, la presencia de Dios. Por eso, su acción apostólica consistirá principalmente en llevar a cada persona y ambiente, en el que desarrolla su vida, al contacto con la Palabra y presencia del Señor².

El ejercicio apostólico-profético del laico cristiano es la lógica consecuencia de haber encontrado y acogido al Señor en la propia vida, y en la decisión firme de querer seguirle de cerca. La eficacia de la misión, y su connotación profética, irá dependiendo cada vez más de la identificación personal con Cristo, sacerdote, profeta y rey, que se irá alimentando mediante la oración y los sacramentos.

II. EL TEMA DEL PROFETISMO DE LOS LAICOS ANTES DEL VATICANO II

Hacia 1930, Congar proponía esta temática, considerándola como principio eclesiológico y convirtiéndola en principio organizador de su obra clásica sobre los laicos. Pocos años después, concretamente en 1941, aparecerá un estudio de J. Fuchs. Finalmente, Pio XII consagrará esta perspectiva teológica laical en la encíclica *Mystici corporis* (29 de junio de 1943).

El Pontífice definía la colaboración del apostolado de los laicos, como una exigencia de las relaciones entre la Iglesia y el mundo, acuñando el término “Consecratio mundi”. Esta habría de ser la función propia de los apóstoles laicos. No obstante, no llegó a afirmar que tal apostolado fuese participación en la misma misión de la Iglesia³, lo que provocará un notable desarrollo doctrinal y conceptual que explotará en el Vaticano II. En esa magna reunión, el apostolado de los laicos se presentará como “participación de la misma misión salvífica de la Iglesia” (LG 33), a título de igualdad, en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. LG 32).

2 Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Profetismo cristiano. Servidores de la Palabra* (Barcelona 1978) 11-21.

3 Cf. Cf. Pio XII, *Discurso de apertura*, en: *II Congreso mundial para el apostolado de los laicos* (Roma 1958) 927.

Las dos grandes Constituciones conciliares (LG y GS⁴) consideran a los fieles laicos desde una visión conjunta del “santo pueblo fiel de Dios”⁵. En este “santo pueblo fiel”, cada uno, según su modo propio, participa de la función sacerdotal, profética y real de Cristo. A pesar de las reticencias primeras, los Padres conciliares terminaron asumiendo la doctrina de santo Tomás⁶, sobre los *tria munera Christi* y su significado, en la definición tipológica de laico. La Iglesia entera, en cuanto misterio y sacramento de salvación, participa en la triple función de Cristo. Todo el Pueblo de Dios, vivificado por el Espíritu, participa del oficio profético, real y sacerdotal de Cristo.

Será LG 35 donde se concretará el tema de la función profética de los laicos: establecidos como testigos, dotados del *sensus fidei* y la gracia de la palabra, “de modo que el poder del evangelio pueda resplandecer en la vida diaria de la familia y la sociedad”, convirtiéndose en heraldos de esperanza, sin ocultar la razón de la misma, de forma que “incluso ocupados en sus tareas temporales, puedan los laicos desempeñar la valiosa labor de procurar ahondar diligentemente en el conocimiento de la verdad revelada y de pedir encarecidamente a Dios el don de la sabiduría”⁷. Por esa razón, el testimonio del laico ha de poseer dos horizontes: mirando atrás para conservar toda la riqueza del pasado, pero también mirando hacia adelante para ir encarnando la Palabra en el futuro.

Tras el Concilio⁸ se fueron produciendo numerosas desorientaciones e incertidumbres, con su consiguiente confusión en la comprensión del profetismo laico, al mezclarlo con elementos ideologizantes que le hicieron perder su

4 I. Perolli resalta tres elementos en LG: el eclesiológico, como pertenencia y comunión con la Iglesia; el de fortaleza, que dona el Espíritu Santo a la vida del confirmado; el profético, como compromiso de difundir y defender la fe con la vida y con la palabra como auténtico testigo de Cristo. (cf. I. PEROLLI, *Il sacerdozio comune nell'insegnamento del Concilio Vaticano II. Rivitalizzazione del laicato, dalla Chiesa antica ad oggi e ripristino dei relativi ministerii* (Roma 1977) 50).

5 J. C. SCANNONE, “Papa Francesco e la Teologia del popolo”: *La Civiltà Cattolica* 3930 (2014) 571-590.

6 Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Theologica*, III, q. 63, a. 2; q. 65, a. 3; q. 72, a. 1 et a. 5. Un preciso estudio sobre la “prehistoria” del esquema de los *tria munera Christi*, partiendo de las notas del esquema *De Ecclesia* de 1963 y la influencia de Congar y de Tromp se puede ver en P. J. DRILLING, “The priest, prophet and king trilogy: elements of its meaning in *Lumen Gentium* and for today”: *Eglise et théologie* 19 (1988) 186-199.

7 Según *Lumen Gentium* 35, los laicos participan del oficio “profético” de Cristo: lo realizan por medio del sentido de la fe, testimonio de vida, y la predicación de la Palabra.

8 Cf. M. T. FERNÁNDEZ CONDE, *La misión profética de los laicos del Concilio Vaticano II a nuestros días: el laico “signo profético” en los ámbitos de la Iglesia y del mundo [sic]* (Roma 2001).

identidad católica. Esta situación comenzó a mutarse gracias a las aportaciones de *Evangelii nuntiandi* y *Christifideles laici*.

En la reflexión del Sínodo de 1974, sobre *La evangelización en el mundo contemporáneo*, sobresalieron dos temas: la formación y aportación de los fieles laicos en el campo de la evangelización y la institución de nuevos ministerios laicales. Tras la “Declaración final” llegó la Exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii nuntiandi*, donde se especificaba que los fieles laicos tienen una “vocación específica”, situada en el “corazón del mundo” mientras realizan las más diversas tareas temporales (EN 70). La misión específica del cristiano en medio de todas las situaciones es la de anunciar a Cristo (EN 14 y 77).

Pablo VI destaca dos rasgos característicos y distintivos de esta misión: ella es evangelizadora y profética. El término “profetismo” no aparece en el texto, pero sí se hace referencia a su significado (EN 28): “servicio que [la Iglesia presta] a la comunidad cristiana e, incluso, a toda la humanidad” (EN 1). Ese servicio expresa el carácter profético fundamental que subyace en la visión eclesiológica de la EN y que se deriva de la esencia misionera de la Iglesia, entrelazando su testimonio y su anuncio⁹.

El Vaticano II había abierto la perspectiva sobre la participación de “todo” el Pueblo de Dios en la misión salvífica de la Iglesia. Todos sus miembros participan en la misión salvífica de la Iglesia. Las deliberaciones conciliares fueron completamente innovadoras en lo que se refiere a la igualdad fundamental de los fieles en la participación en la misión de Cristo. El fundamento de dicha participación es sacramental, en estrecha relación con la teología del Cuerpo Místico.

A una “teología del laicado”, basada sobre la preeminencia institucional de la jerarquía, sucedió una “teología del Pueblo de Dios”, asentada sobre la condición del “fiel” y “miembro”, en cuyo seno se articulan las diferentes vocaciones y los diversos ministerios. La LG señaló la necesidad de que todos los fieles, especialmente los laicos, cooperasen en la misión salvífica de la Iglesia, asumiendo cada uno de ellos la corresponsabilidad y la comunión para, juntos, llevar a cabo dicha misión, hasta sus últimas consecuencias¹⁰. Esta corresponsabilidad de todos los fieles en la construcción de la Iglesia viene explicitada en AA 2, de modo que es evidente que se puede hablar del

9 Cf. L. ZANOTTO, *La misión de Cristo y de la Iglesia en la Evangelii nuntiandi* (Madrid 1985) 15-16.

10 Cf. B. FORTE, *Laicado y laicidad. Ensayos eclesiológicos* (Salamanca 1987) 83-84.

sacerdocio del Pueblo de Dios, de su capacidad profética o profetismo¹¹, de su realeza y de su misión.

III. LAICOS PROFETAS POR LA RECEPCIÓN DE LOS SACRAMENTOS: PARTICIPACIÓN DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Antes de la publicación de la exhortación postsinodal *Christifideles laici*, ya se notaba en la teología un interés creciente sobre la participación del Pueblo de Dios en los *tria munera* Christi. El esquema fue recogido en el magisterio de san Juan Pablo II, si bien el mismo Pontífice había prevenido en 1979 (cf. Carta *Ad universos Ecclesiae Sacerdotes*) contra la separación exagerada de funciones, como si se tratase de elementos independientes. Para obviar esta dificultad, algunos teólogos prefirieron hablar de un único ministerio o misión, con tres aspectos diferentes. Opiniones diferentes, pero sugerentes, las hallamos en R. Baccari, que habla de la participación del Pueblo de Dios en los *munera Ecclesiae*, en vez de su participación directa en los *munera Christi*. B. Forte percibe en el esquema de los *tria munera Christi* la clave para entender las diferentes categorías de personas en el Pueblo de Dios.

Hay otras muchas opiniones, pero todas coinciden en la participación de la misión de la Iglesia por razón del bautismo. Al pueblo fiel de Dios pertenecen sin exclusión todos los bautizados, en un plano de común igualdad radical, tras la recepción del sacramento del bautismo. Todos los fieles están llamados a participar en la misión salvífica de la Iglesia. Sin embargo, su “participar”, no significa cooperar en la tarea llevada a cabo por otros. Ellos mismos son la Iglesia en la entraña del mundo¹².

Desde que recibe el bautismo, el cristiano es constituido apóstol y consagrado profeta. Incorporado como miembro vivo al Cuerpo de Cristo, no hará otra cosa que anunciar a Aquél que le ha dado la vida. Como consagrado y miembro del Cuerpo místico, el cristiano tiene, según el Vaticano II, el deber de evangelizar. En este sentido, coincido con la opinión de Weis, para quien el sacerdocio común (cualidad de todos los miembros del Pueblo de

11 Cf. P. SOUTHWELL, *Prophecy* (Londres 1982) 113-114; cf. M. D. CHENU, “Un peuple prophétique”: *Esprit* 35 (1967) 602-611.

12 Cf. P. RIO, *Los fieles laicos, Iglesia en la entraña del mundo* (Madrid 2015).

Dios y del Cuerpo de Cristo), la participación en el *triplex munus* de Cristo y la participación en la misión de la Iglesia son la misma cosa, considerada formalmente desde diferentes aspectos. Las tres dimensiones se comunican mediante el sacramento del bautismo¹³.

La consagración bautismal constituye y define la identidad y misión propia e irrenunciable del cristiano en el mundo. Estar bautizado y ser cristiano, significa fundamentalmente ser Cristo. Todo lo demás es preparación o desarrollo de nuestra identificación con Cristo. En ello, se pueden distinguir dos aspectos esenciales e inseparables: identificación con la persona de Jesús e identificación con su misión.

En base a la doctrina conciliar, Saraiva Martins quiso distinguir un fundamento intrínseco (los sacramentos de la iniciación cristiana) y otro extrínseco (el mandato misionero de Jesús en Mt 28,19-20, que LG 17 recogió expresamente). Este último fundamento se desarrollará con más profundidad en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, si bien es verdad que algunas de las intervenciones conciliares de los padres ya lo dejaban intuir claramente¹⁴.

Por un lado, la identificación con la persona de Jesús es identificación interior: mediante sus sentimientos, intencionalidad, forma de pensar y de amar, o actuando con entrañas de compasión ante la debilidad humana. Es también identificación con su camino de muerte y de resurrección. La identificación con Cristo, que nos es regalada en el bautismo, se profundiza en el seguimiento, en la medida en que recorreremos sus mismos caminos.

Los sacramentos de la iniciación cristiana comportan una “consagración misionera”, es decir, confieren una misión. Por el bautismo, la confirmación y la eucaristía, todos los fieles son constituidos discípulos de Cristo y consagrados para dar testimonio de Él en todo lugar, y para dar razón de su esperanza en la vida eterna a quien la pidiere (cf. LG 10; AG 36). De ahí, surge una responsabilidad para con el mundo, que les lleva a consagrar sus fuerzas a la misión evangelizadora de la Iglesia. Hechos miembros de Cristo viviente, tienen el deber de cooperar a la expansión y dilatación de su Cuerpo para llevarlo cuanto antes a la plenitud (cf. Ef 4,13).

13 Cf. N. WEIS, “Quaedam de laicorum propheticum munere in ecclesia iuxta Concilium Vaticanum II”: *Periodica* 70 (1981) 429-448.

14 Cf. J. SARAIVA MARTINS, “Ruolo missionario e formazione apostolica dei laici”: *ED* 40 (1987) 643-663.

Por otra parte, la responsabilidad de asumir el compromiso evangelizador procede también de la pertenencia al Cuerpo Místico (según AA 2, el fundamento del apostolado de los laicos tiene su raíz más profunda en la unión del laico con Cristo cabeza). De este modo, la unión con la cabeza del Cuerpo determina el derecho y el deber de colaborar con Cristo y con la Iglesia en el crecimiento del Cuerpo y en la consolidación y desarrollo del Reino de Dios. Por el bautismo, el cristiano es consagrado e incorporado al Cuerpo Místico.

La participación de todo el Pueblo de Dios en la misión de la Iglesia origina una diversificación funcional en el modo de participación. Diversidad funcional, pero participación única y ontológica de todos los miembros, derivada del mandato de Cristo (Mt 28,19-20) a toda la Iglesia. Y, en ella, a cada uno de sus miembros. La teología posterior al Concilio, profundizando en la imagen de la Iglesia-Cuerpo Místico de Cristo, afirmará la ministerialidad o estructura ministerial de toda ella. De este modo, todos los discípulos de Cristo tienen la obligación de propagar la fe, según su propia condición de vida.

Pero, en el caso de la vida laical, ¿qué significa propagar la fe “según su propia condición de vida”? En el Decreto sobre el apostolado de los laicos, los padres conciliares establecieron dos finalidades fundamentales de la misión de la Iglesia: anunciar a Cristo y su gracia a los hombres e impregnar de espíritu evangélico el orden temporal. Al realizar esta misión de la Iglesia, los laicos ejercen su propio apostolado desde una doble vertiente: como fieles de la Iglesia y como ciudadanos del mundo (cf AA 5).

Lo que diferencia a los fieles laicos de los otros fieles de la Iglesia no es el fundamento de su participación en la misión de la Iglesia, sino la “índole secular” con que se insertan en dicha misión y, ya sea en el mundo o en la Iglesia, ejercen su apostolado (cf. LG 31,35,38; AA 4,7). Esta participación se especifica en dos líneas de apostolado: primera, apostolado de evangelización, que coincide con el *munus* profético (derecho-deber de evangelizar), y, segunda, apostolado de santificación, que coincide con el *munus* sacerdotal¹⁵.

Cada fiel participa en el triple oficio de Cristo porque es miembro de la Iglesia. Y, precisamente, porque deriva de la comunión eclesial, esta participación exige ser vivida y actuada en la comunión y para acrecentar esta comunión.

15 Cf. S. QUADRI, *Apostolato dei laici. Decreto del Concilio Vaticano II* (Milano 1966) 183.

IV. ¿QUIÉN ES EL PROFETA CRISTIANO?

Es un hombre/mujer *público/a*, que vive en contacto con los demás. Un transmisor de la Palabra de Dios. Alguien *amenazado* por Dios (que le cambia la vida) y por sus contemporáneos. Siempre a contracorriente: anuncian al Dios de la vida; suplican incansablemente la escucha de la Palabra; detectan el pecado del pueblo; y, aunque a veces deben transmitir oráculos de condena, su palabra aporta salvación.

En nuestro mundo hay profetas que recuerdan lo que Dios quiere, y junto a ellos existen profetas cristianos que hacen memoria de Jesucristo. Esto nos indica que el carisma profético puede ser participado de diversas maneras: todos los miembros de la Iglesia son, en principio, profetas¹⁶; no obstante, no todos lo son de hecho, bien, porque el Espíritu es libre en la distribución de sus dones; o, porque la no disponibilidad, la indecisión o el temor al riesgo acalla la vocación profética y apagar la profecía (1 Tes 5,19-20).

Jesús otorgó a todos sus discípulos la capacidad de profecía, al poner en ellos la fuerza de su Espíritu: Él sería el garante en el tiempo presente de sus palabras y la fuerza plasmadora de su ejemplo¹⁷: “bajo este aspecto nada es más actual que la profecía, a condición de que el profeta moderno prescinda de revelaciones particulares y hable a la Iglesia en la Iglesia, aceptando ser, a su vez, discernido por sus hermanos”¹⁸.

Para ser un profeta cristiano, por tanto, se precisa una plena identificación con Cristo; tener sus mismos ideales, actitudes y sentimientos; sus modos de hacer y decir; y también ser personas profundamente comunitarias, que consuelen, edifiquen y exhorten. El profeta cristiano no está por encima de su comunidad a la que pertenece, sino dentro de ella, sirviendo a todos. Tras el acontecimiento de Pentecostés, una comunidad de hombres y mujeres, recuerdan todas las palabras del Hijo y dan testimonio acerca de la persona de Jesucristo y su misterio.

Pero hay una segunda dimensión a la que debemos prestar atención: la profecía ayuda a entender, con los criterios de Dios, lo que sucede en el presente, para que nos mantengamos firmes y animosos en el seguimiento

16 Cf. D. HILL, “Prophecy and prophets in the Revelation of St. John”: *New Testament Studies* 18 (1972) 413.

17 Cf. J. L. ESPINEL, *Profetismo cristiano* (Salamanca 1990) 133-134.

18 Ch. PERROT, “Prophètes et prophétisme dans le Nouveau Testament”: *Lumière et Vie* 22 (1973) 39.

de Cristo. Allí donde aparece alguien que analiza el presente teniendo como criterio la persona de Jesucristo, entonces estamos ante un profeta cristiano.

Jesucristo ha asentado la Iglesia sobre dos bases firmes: la función profética y la institución apostólica. Por tanto, el don de la profecía no puede tener otro objeto ni finalidad que la construcción de la Iglesia. Este objetivo está en íntima conexión con la institución apostólica, sometiéndose ambas a un “control” mutuo. Los profetas constituían un complemento necesario e irrenunciable para los apóstoles y los dirigentes de las Iglesias. Los *pastores* tenían que conservar la tradición apostólica y adaptarla a las circunstancias de la comunidad; tenían que vigilar la profecía, pero no apagarla; debían discernir, pero no cerrarse a las interpelaciones proféticas que surgían en ella.

Un laico¹⁹, que conoce las verdades de la fe que sostuvieron la oblación de Cristo en el mundo, y que ha hecho experiencia de la certeza del amor que guió esa oblación, será inevitable y espontáneamente testigo de esperanza, pregonero de la Buena Nueva, miembro del Cuerpo vivo de Cristo, vínculo de comunión, creador de fraternidad y de Reino en el mundo (LG 35). Podríamos llegar a identificar al laico cristiano, en sus funciones, como otro Cristo en el mundo (Chl 17): participa del triple oficio en que se expresa la misión de Jesucristo; la continúa en las circunstancias temporales en las que se desenvuelve su vida.

Esta sería su otra nota distintiva: su vida en el mundo, donde dan testimonio de los valores del reino predicado por Jesucristo. El laico cristiano, incorporado a Cristo y partícipe de la suerte de la sociedad en la que está integrado, está plenamente identificado con Cristo y con la sociedad. La comprensión de la vida cristiana bajo la dimensión profética debería ser un aliciente para que el laico cristiano dinamice su conducta. De ese modo será capaz de descubrir la amplitud de su misión, la hondura e incumbencia de su vocación, al compartir la misión y vocación de Cristo, de modo que si comparte con Él la misma tarea profética acepte también compartir y no escapar de esta responsabilidad²⁰. Así lo comprendieron los Padres del Vaticano II (LG 2,12).

19 Cf. G. ZAMBON, *Laicato e tipologie ecclesiali. Ricerca storica sulla "Teologia del laicato" in Italia alla luce del Concilio Vaticano II (1950-1980)* (Roma 1996) 237 y 282.

20 Cf. *ibid.*, 114.

En este ministerio, el profeta del NT capta el sentido del porvenir y de futuro con la mente misma del Señor. Quizás por esta misma razón, Pedro llama a los primeros convertidos al cristianismo “hijos de los profetas” (Hch 3,25).

El “acontecimiento” profético, en cuanto tal, es un hecho contingente, suscitado en el tiempo y en el momento querido por el Espíritu, para llamar la atención de la Iglesia sobre los signos de los tiempos, el sentido de los acontecimientos y la marcha de la “historia de la salvación”; para *orientar a la Iglesia* hacia el futuro, poniéndola al día en todas las consecuencias prácticas de su doctrina, y mostrando la actualidad vital y humana de lo que ella ya poseía. Todas estas perspectivas constatan que el profeta ha de saberse sometido al control del Espíritu y en él al de la institución apostólica. El control ejercido por la institución apostólica evita que el “acontecimiento profético” corra el riesgo de naufragar en el iluminismo ni se desvíe de la tradición auténtica. Pero, como “acontecimiento” es una manifestación libre e imprevisible del Espíritu según las necesidades de los tiempos.

V. RASGOS ESPECÍFICOS DEL PROFETA CRISTIANO

Para no perdernos en direcciones difusas, será necesario esquematizar algunos rasgos definidores y significativos del profetismo cristiano:

Primero, es un don que la Iglesia y todos sus miembros poseen. Todo cristiano ha sido llamado personalmente a comprometerse, participando en la misión de la Iglesia. Antropológicamente, el apostolado cristiano constituye el desarrollo más alto de la vocación natural del hombre al bien común, y puede, incluso, llevarle a un compromiso más generoso en determinados ámbitos que requieren la actividad laical, por su índole secular²¹.

Segundo, todos los laicos bautizados son profetas, pero de entre la multitud, sobresalen algunos, admirables y muchas veces incomprendidos y perseguidos, que permanecen constantemente bajo el impulso y dinamismo directo, imprevisible y generalmente desconcertante del Espíritu de Dios. Inspirados misteriosamente por Dios, explican a sus contemporáneos el sentido

21 Cf. Weis, “Quaedam de laicorum prophetico munere”, 439-440.

divino, íntimo, profundo, de los “acontecimientos” que, al lado de la “Palabra”, forman una parte muy principal de la revelación de Dios.

Tercero, los profetas ponen al pueblo de Dios en la verdadera pista de lo que tiene que hacer para poder permanecer fiel, no sólo a la letra de la Palabra revelada, sino sobre todo a su espíritu. Porque su profetismo es ante todo “vida”, que va acompañada siempre de una “participación” simbólica del gesto. Por tanto, el mensaje profético, pues, no puede ser algo puramente exterior a su portador. No es un puro concepto captado intelectualmente, sino que los profetas acercan al Dios vivo a su criatura dentro de la singularidad del momento presente.

Finalmente, los profetas son los representantes de la “intervención” incesante de Dios en los problemas y quehaceres de su Pueblo. Son los testigos del “acontecimiento de Dios”: los que lo interpretan, miran y lo muestran con los mismos ojos de Dios. Son los testigos y reveladores de las obras de Dios en el mundo, acontecimiento que forman la dimensión más profunda de la historia. Ellos desvelan, manifiestan, descubren el sentido del actuar de Dios en los acontecimientos, es decir, el sentido profundo y divino de la historia de la salvación.

En suma, el profeta laico se configura por unas características precisas:

Primera, *ha de ser un humano con capacidad para “ver y escuchar el presente histórico”*. Vive en la actualidad, pero con la mirada puesta en el futuro. Su interés está centrado en el presente, al que desea encaminar hacia metas más altas de humanización y de justicia.

Para situarse en el presente, son necesarias dos capacidades básicas: capacidad para mirar y ver, para oír y escuchar. Ante todo, tiene un agudo sentido de la observación, con enorme capacidad para escuchar; una actitud de apertura y exquisita sensibilidad para captar el clamor y los rumores de la historia. Para lograr esa apertura y sensibilidad debe cultivar y alimentarse constantemente con los medios espirituales y carismáticos a su disposición. El riesgo de subjetivismo, pura emotividad, sentimentalismo o lamento es grande.

Segunda, *aprende a leer los acontecimientos desde la fe y la Palabra de Dios*. Las preguntas surgen al contacto con la humanidad²². El verdadero profeta ha de ser capaz de realizar una lectura de los acontecimientos históricos desde la perspectiva y experiencia de Dios. En esto consiste el ejercicio de

22 Cf. *ibid.*, 247.

la profecía: ejerce su misión profética, insertado en el corazón de la historia, pero también debe tomar una distancia prudencial de los acontecimientos históricos, para no ser presa de la inmediatez que ofusca.

Tercera, *lee la Palabra de Dios desde los acontecimientos históricos*. La vocación y misión del profeta están asociadas a los acontecimientos y conflictos históricos. El profeta no huye de este mundo ni pretende crear otro paralelo. Su objetivo es hacer que la historia humana sea verdaderamente una historia de salvación. Ningún área de la historia debe estar al margen de su predicación, ya que ésta es su función: actualizar la Palabra de Dios. Su misión es actualizarla para que resulte significativa para los hombres y mujeres de cada presente histórico.

Cuarta, *lee la Palabra de Dios “desde la perspectiva de los pobres”*. El simple enunciado de este rasgo profético encuentra hoy reservas y resistencias dentro y fuera de la Iglesia. La existencia de los pobres es el resultado de unas situaciones históricas y de unas actuaciones que contradicen el proyecto de Dios y no responden a la Palabra anunciada por Jesucristo.

Quinta, *está comprometido con la “causa de Jesucristo”*. El misterio de la salvación revelado en Cristo, contrapuesto al drama de una humanidad necesitada de salvación, convocan al bautizado a la predicación. La contemplación de la cruz es la mejor escuela, especialmente cuando se enriquece mediante el contacto con la humanidad doliente. En ella desemboca y se intensifica la lección de la caridad aprendida, mientras contempla a Cristo Crucificado.

Resumiendo, en estas características aparece el rostro del profeta cristiano laico: el profeta posee un fino sentido de lo cristiano, que invade el ámbito de lo cognoscitivo y de lo afectivo; por exigencias de su misma convicción habla a los demás desde la vida. No expresa un conocimiento especulativo, ni manifiesta una penetración psicológica. Su palabra y testimonio manifiestan una cabal captación de las esencias religiosas cristianas, que después han dado lugar a una conversión, un despojo de sí tras haber sido afectado por la luz de Dios²³.

Espinel nos indica que para esta vida y ministerio no se requieren fenómenos místicos espectaculares o capacidad intelectual superior. El laico/profeta cristiano se siente pequeño y pecador, pero es profeta del Dios vivo, a quien nombra Padre, impulsado por el Espíritu. Cada cristiano que participa

23 Cf. ESPINEL, *Profetismo cristiano*, 135.

del profetismo de Cristo es, en cierto sentido, “boca de Yahvé”, cuando habla desde la fe. En su interior oirá que Alguien le impulsa a llevar a los demás el mensaje de Dios con el celo de Jesús.

Esta vocación y misión le exigen ante todo fidelidad. Por tal motivo, la profecía ha de ejercerse desde una conciencia informada por el Evangelio y con la luz de la fe, llevando a los caminos del mundo las actitudes de Jesús, dejando que el Espíritu dé testimonio mediante un comportamiento lleno de dignidad. El profeta cristiano exhorta al prójimo; lo consuela y lo construye, aún desde el silencio. No tendrá que predecir el futuro, ni hacer diagnósticos especializados sobre política, sólo estar atento a los signos de los tiempos. Esta profecía sencilla, hecha desde la capacidad peculiar debe iluminar la realidad con la luz del Evangelio. Y, como no puede llegar a todos los problemas, el profeta cristiano solicita a la comunidad que le ayude con la intercesión (ejercicio profético de primer orden). Estos valores son la trama esencial de lo profético y han de verse estampados en la existencia²⁴.

El profeta cristiano laico es un ser maduro, que convive con los ideales del Evangelio que le conducen a metas y compromisos con proyectos de futuro. Se debe a los demás. No entiende las tesis de la postmodernidad que habla de la vida neutra, vacío, pesimismo. El profeta cristiano no puede abastirse desolado, ni esconderse, ni anatematizar desde su aparente seguridad y certeza. Ante esas situaciones, se requieren todas las dotes del cristiano profeta, toda su militancia, su destreza e imaginación creativa para abrir cauces que lleven a Dios²⁵.

No puede nunca olvidar que su celo es su vocación, que su interés es el de Dios, cuya perspectiva siempre es más universal y atemporal. Por eso, en medio de la actividad, necesita compaginar una intercesión recurrente y fervorosa. El celo de Dios se transforma en una reacción misericordiosa que se levanta por encima de las miserias humanas para salvar.

24 Cf. *ibid.*, 136.

25 Cf. *ibid.*, 146-147.

VI. NECESIDAD E IMPORTANCIA DEL PROFETA CRISTIANO LAICO

El laico profeta es imprescindible para conservar viva la memoria eclesial. Es un personaje que pertenece a la cultura de la memoria. Por esa misma razón es una pieza imprescindible de la cadena de transmisión o tradición. El testigo no permite que se ignore el pasado o que queden enterrados los recuerdos base de la fe. Y, sobre todo, no permite que se produzca el olvido interesado, la eliminación de las huellas, el ocultamiento de los pecados y sus consecuencias. No permite que se produzca la infidelidad al relato. Por eso, el profeta está especialmente atento para ver y hacer ver la historia de dolor, de sufrimiento, de injusticia... que son las realidades que la humanidad con más frecuencia procura olvidar²⁶.

Entre las funciones del profeta está el recordar y hacer presente el Mensaje recibido, dando de ese modo razón de su esperanza²⁷. La primera y fundamental función es dar testimonio de la verdad, pero con algunas notas más específicas:

- Ha de testificar la verdad con hechos, mantenerlos vivos en la memoria colectiva. No permite que sean olvidados ni tolera que sean traicionados, desfigurados, deformados o amañados. El profeta-testigo tiene que continuar el relato y mantenerse fiel a él. Es totalmente imprescindible para que no se traicione la tradición. Es testigo de cómo y por qué sucedieron los acontecimientos y su incidencia en el momento actual. En esa misión del laico profeta es definitiva la palabra, pero tiene que ser palabra de verdad, con toda una dimensión ética: en su palabra está implicada toda su vida. El falso testimonio no es un simple error, es una mentira grave, hija del demonio. El profeta del NT es más que un fiel narrador exacto y escrupuloso. Es una persona comprometida con una causa que defiende hasta dar la vida por ella.
- El profeta laico atestigua el sentido de los hechos, juntando el hecho y su sentido, la narración y la confesión. Todos los hechos han de ser explicados mediante su sentido, por eso el profeta que anuncia

26 F. MARTÍNEZ DIEZ, *Espiritualidad de la sociedad laica. La religión también cuenta* (Madrid 2009) 297.

27 Cf. J. A. PAGOLA, "Testigos del Dios vivo": *Confer* 162 (2003) 233.

- con su palabra y testimonio no es un mero narrador escrupuloso de los hechos, sino un intérprete de los mismos desde el interior de la comunidad creyente y de la historia. Sin embargo, para anunciar el sentido de los hechos es necesaria la fe. El profeta cristiano es ante todo un laico creyente. Si falta la fe no hay predicación evangélica.
- El profeta cristiano debe testificar el contenido salvífico, la fuerza salvífica del hecho cristiano, de los hechos que dieron lugar a la experiencia cristiana y que él mismo ha experimentado en su misma existencia. Él mismo es un “creyente en cuya vida se puede intuir y captar la fuerza salvadora y humanizadora que se encuentra en Jesucristo cuando es acogido con fe y con amor”²⁸. Pero es necesario que su vida rezume fe y esperanza en medio de la complejidad de la historia, confianza en el futuro a pesar de las circunstancias adversas

Ese anuncio del valor salvífico del hecho cristiano sólo es compatible con un rostro del Dios cristiano que inspire optimismo antropológico y confianza en la capacidad de la humanidad para caminar hacia grados mayores de humanización²⁹.

La historia de salvación continúa y el cristiano, profeta en Cristo, que se ha experimentado redimido, salvado y profundamente amado por el Crucificado, hace de su vida y de su palabra camino de redención y de salvación para sus hermanos los hombres: hasta que todos tengan Vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10,10); hasta que, a fuerza de amor, se sientan “comprados” y rescatados de la mediocridad, del sinsentido, de la miseria, de la desesperación y no puedan más que hacer lo mismo con otros hermanos. El profetismo del laico es cadena de amor que surge del Evangelio, expresado mediante la vida y la palabra, hasta que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2,4).

28 *ibid.*, 216.

29 Cf. J. P. JOSSUA, *La condición del testigo* (Madrid 1987) 59.

1. ESPACIOS DONDE EJERCER LA MISIÓN PROFÉTICA

El fiel laico debe vivir su función profética, mediante el anuncio del Dios vivo y la denuncia de toda idolatría en medio del mundo, trabajando para que éste sea cada día más Reino de Dios. Hacer del mundo un lugar en el que reine la justicia y la paz. Así como la solidaridad fraterna. Aquí se asienta la vocación específica del laico, en su doble aspecto: primero, denuncia y lucha contra toda idolatría, injusticia o cualquier tipo de explotación y opresión; segundo, afán de vivir en el mundo construyendo justicia, paz y fraternidad. El fiel laico ha de vivir de tal manera su profetismo que sea testimonio del Dios vivo en este mundo.

Este profetismo-testimonio llevará al fiel laico a la confesión de fe, en palabra y en signo, en anuncio-denuncia y construcción del Reino, para que el mundo pueda reconocer de esta forma el rostro del Dios vivo. Por esa misma razón, los profetas, constituyen en medio de la sociedad y del mundo, signos de creatividad, afán de búsqueda constante y esperanza.

Los laicos cristianos, como hijos de la promesa, están llamados a dar en el mundo testimonio de la grandeza y la fecundidad de la esperanza que llevan en su corazón; una esperanza asentada en la doctrina y obra de Jesucristo, muerto y resucitado para la salvación de todos. En un mundo que, a pesar de las apariencias, se encuentra en situación de angustia por la constante y decepcionante experiencia de los límites, las carencias e incluso el vacío de muchas estructuras creadas para la felicidad de los hombres en la tierra, el testimonio de la esperanza es particularmente necesario para orientar los espíritus en la búsqueda de la vida futura, por encima del valor relativo de las cosas del mundo. En eso los laicos, como agentes al servicio del Evangelio a través de las estructuras de la vida secular, tienen una importancia específica: muestran que la esperanza cristiana no significa evasión del mundo ni renuncia a una plena realización de la existencia terrena, sino su apertura a la dimensión trascendente, en la que la presente existencia halla su verdadero valor.

La fe y la esperanza, con la fuerza de la caridad, dilatan el testimonio de los profetas laicos a través de su vida y trabajo. Como afirma LG 35: los laicos están, llamados a hacer que “la virtud del Evangelio brille en la vida diaria familiar y social”. Es la virtud del Evangelio que se manifiesta en la continua conversión del alma del Señor, en la lucha contra las potencias del

mal que actúan en el mundo, en el esfuerzo por remediar los daños causados por las potencias, oscuras o manifiestas, que tienden a apartar a los hombres de su destino. Es la virtud del Evangelio que reflejan en la conducta de cada día, cuando, en todo ambiente y en todas las circunstancias, permanecen cristianos valientes

2. EL ANUNCIO DE LA SALVACIÓN

La misión de anunciar el Evangelio ha sido confiada a la Iglesia entera. Cada fiel, en virtud de su participación en la función profética de Cristo, debe realizarla de acuerdo al ámbito donde vive y en congruencia con su propia función eclesial. Por lo general, el Vaticano II, cuando habla del “anuncio del Evangelio” o del “anuncio de la Salvación”, se refiere tanto al anuncio realizado con las palabras como al realizado con los hechos (cf. LG 35; AA 6,13, 16; AG 15).

LG 35 identifica la obra de la evangelización realizada por los laicos con el anuncio de Cristo, hecho tanto con el testimonio de vida como con el de la palabra en las condiciones del mundo. No dice específicamente “anuncio del Evangelio”, sino que utiliza otras expresiones en las que se percibe un apostolado, que no queda reducido al testimonio de la vida: el verdadero apóstol busca las ocasiones de *anunciar a Cristo con la palabra*, tanto a los no creyentes para llevarlos a la fe, como a los fieles para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a una vida más fervorosa; es el apostolado “de igual a igual”, “del compañero con el compañero”, donde el diálogo y las conversaciones de cada día son el ámbito más apropiado para dar razón de la esperanza que mueve al laico cristiano (AA 13)

En este creyente convergen la Iglesia y el mundo, lo que exige también distinguir lo que hace al interior de la Iglesia o representándola en ocasiones. Este profeta cristiano participa de la kénosis de la Iglesia al servicio del mundo, y por su misma condición se inserta como fermento en el mundo y en las diversas realidades (EN 70): ellos son un fermento y signo claro de honestidad de vida, dispuestos a todo por tocar con el Evangelio el corazón de sus contemporáneos, consciente de que la salvación del mundo supondrá la conversión del mundo y, con ella, su desarrollo y promoción. El espíritu de su misión es incidir de lleno en las condiciones del mundo, transformándolas y

renovándolas desde dentro; conscientes de que las estructuras se transforman cambiando el corazón de los hombres que les dan vida. La sociedad nueva sólo puede ser construida por hombres nuevos. Este hombre nuevo necesita orar, convertirse humildemente cada día y unirse en lo cotidiano al misterio pascual de Cristo.

De este modo, los profetas de hoy se convierten en multiplicadores del Evangelio, cuando transforman el corazón de los hombres y mujeres que viven junto a ellos. *Evangelii Nuntiandi* los denomina “liberadores”, signo de la novedad de una vida que se transforma en contacto con el Evangelio; un signo que no sólo se expresa individualmente, sino sobre todo comunitariamente (EN 23). Pero, para ello han de asumir la función de discernir los signos de los tiempos. A este respecto, la “Relación final del Sínodo” prefirió poner su acento, no tanto en la función de “denuncia”, cuanto en otros aspectos no menos interesantes: la función de discernir los signos de los tiempos, dar testimonio de Cristo resucitado con su vida y con su palabra o descubrir la presencia de Dios en su vida cotidiana, sobre todo a través de la “revisión de vida”.

El mundo es el “lugar teológico” de los fieles laicos. Lo específico de su vocación reside en percibir que la vida ordinaria en el mundo forma parte del proyecto de Dios³⁰. Inmersos en la realidad mundana, el laico ha de afrontar la dificultad de ser creyente en medio de un mundo que ha perdido la estela de Dios; ha de asumir la perspectiva de ser “efcaz” para la construcción de la Iglesia. Este compromiso le exigirá implicarse en la irradiación, difusión, animación, explicitación y encarnación del mensaje cristiano en medio de la sociedad, para lo cual habrá de estar arraigado, encarnado e inmerso en las realidades temporales. Lo difícil para el “profeta cristiano” hoy está en comunicarse y fusionarse con la comunidad humana y profesional de la que forma parte y es miembro; crecer junto con ella, pero sabiéndose parte de otra realidad. Sólo así estará capacitado para ser instrumento del Espíritu en orden a su oficio de “profeta” del Nuevo Testamento.

No obstante, el fiel laico inmerso en las estructuras del mundo no ha de vacilar en denunciar con toda valentía el mal que las impregna, a la vez que anuncia el Evangelio con su vida y su palabra. No podemos olvidar que se trata de una denuncia “evangélica”, que conlleva el compromiso de empeñar

30 Cf. M. DELGADO GALINDO, “La misión evangelizadora de los fieles laicos en el magisterio del papa Francisco”: *Revista Teología* 121 (2016) 111-126.

la propia vida en transformar aquello que es denunciado, a través del anuncio de la Buena Nueva de la salvación y de la entrega de la propia vida. La forma más alta de denuncia es el anuncio del Evangelio.

La inclusión de la “denuncia” dentro de la misión de profetas, en medio de un mundo aquejado por las injusticias, revela la necesidad de que los fieles laicos lleguen a ser dentro de sus ambientes auténticos “signos de contradicción”, tanto por el testimonio de su vida como por su anuncio. Este, por ser anuncio profético, comporta las siguientes características:

- Es expansivo. Lejos de controlar la dinámica de la Palabra, el profeta la anuncia de forma que ella misma desarrolle todas sus potencialidades. El profeta parte de una convicción clave: la Palabra que anuncia no es suya; no tiene ningún dominio sobre ella; le ha sido confiada para que la anuncie sin modificarla. Él es un simple administrador de la palabra. Ni siquiera es un honor haberla recibido, pues se torna para él una responsabilidad ineludible.
- La eficacia de su palabra no depende de él. Por eso, éste no puede ni debe controlarla; tiene que dar cauce a la Palabra para que se expanda. Con frecuencia, el profeta aparece ante el oyente como imprudente e irresponsable, idealista e incluso como insensato. Pero, el profeta no puede menos de liberar la palabra que ha recibido.
- En el anuncio y proclamación de esa Palabra se verifica la misión del profeta. Al ser una Palabra viva, la tarea del profeta consistirá en pregonarla para que ella vaya directamente al corazón de los oyentes, revele salvación y motive a conversión.
- Es un anuncio positivo, kerigmático. No recurre al razonamiento para convencer. La proclamación fiel y directa del mensaje es suficiente. Es el propio mensaje de salvación el que convence a quienes están abiertos a la escucha y dispuestos a recibirlo.
- Es un anuncio en y para la historia. La predicación profética actualiza el mensaje, por eso no puede quedar a margen de la historia de los oyentes: se dirige a ellos en sus propias circunstancias históricas para iluminarlas y cambiarlas. Anuncia hechos salvíficos concretos, que mantienen toda su fuerza salvífica y liberadora en las diversas situaciones históricas del individuo y de la comunidad.

- Ese anuncio siempre conlleva un carácter expansivo. Esto explica la urgencia de la misión del profeta. Éste no ha recibido un mensaje para conservarlo³¹, sino para proclamarlo. Su misión responde al mandato de quien le llamó y envió y como urgencia del mismo mensaje que ha de proclamar³².

VII. OBJETIVO DE LA ACTIVIDAD PROFÉTICA DEL LAICO CRISTIANO

En 1 Co 14,3 encontramos cuál es el objetivo de la profecía cristiana: el profeta habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación. Parecen tres funciones de la profecía, pero podríamos conjugarlas en una sola: la profecía para la edificación. “La edificación comprende, a su vez, la *paraclesis* (exhortación) y la *paramythia* (consolación)”³³. Edificar sería el resultado o la finalidad de toda exhortación y consuelo.

- La exhortación o “paráklêsis” es una predicación vehemente del profeta, que urge a las conciencias; que denuncia, advierte, anima en orden a la salvación, porque el profeta se halla cerca del pueblo y cerca de Dios. Esta acción reviste dos formas: exhortación y denuncia. El profeta exhorta y denuncia, porque conoce la situación y percibe el pecado, el desaliento o el riesgo de la comunidad. Debido a las urgencias y evaluaciones divinas, el profeta se apoya en los misterios que motivan cada exhortación: en última instancia los que exhortan son el Señor Jesucristo y el amor del Espíritu Santo a través de la persona del profeta. Ese es el papel del profeta laico: sustituir al Señor en medio del mundo (2 Co 5,20).
- Denuncia para salvar: La denuncia profética tiene como finalidad la conversión y la salvación del culpable; busca la construcción del edificio personal y espiritual de los alejados. Esta denuncia es parte integrante de su convicción profética. Pero lo que busca

31 Cf. ESQUERDA BIFET, *Profetismo cristiano*, 37-47.

32 Cf. F. MARTÍNEZ, *Iglesia sacerdotal, Iglesia profética* (Salamanca 1992) 141-144.

33 Cf. H. SCHLIER, “L’Essence de l’exhortation apostolique”, en: *Id.*, *Le Temps de l’Eglise* (Tournai 1961) 86.

esencialmente es la construcción de la persona y restauración de su vida, pues el profeta es ante todo un esperanzado de futuro, un “edificador” (Ef 4,11-12).

A diferencia de los del AT, los profetas laicos del NT predicán un anuncio esperanzado, una revelación que lleva a la oración, al optimismo y el compromiso. La denuncia del cristiano tiene que estar, como la de Jesús, teñida de esperanza salvadora. Su denuncia no puede llevar al derrotismo. Si el profeta denuncia con amor, seguirá adelante con paciencia: es su tarea.

- La consolación (“paramythia”). Casi toda la profecía cristiana se asienta en la consolación, afianzada sobre la esperanza escatológica. Las páginas de consolación de los profetas contienen el empeño de reconstruir el tambaleante edificio de su pueblo. La consolación y la exhortación van muy unidas, de forma que con frecuencia se interfieren. Ambas pueden significar exhortar, consolar o confortar.
- La edificación como meta profética. En 1 Co 14, Pablo contrapone el carisma de hablar en lenguas y el profetizar (procede con un lenguaje claro y lleno de estímulos para los demás). Quien profetiza edifica a los hombres, pues profetiza para que la Iglesia se edifique (1 Co 14, 3.15-26). A diferencia del hablar en lenguas, que no es constructivo, el hablar profético tiene una función positiva y altruista. Pero, ha de envolverse en una actitud de ternura, para convencer de que toda su intención es una lucha en pro de los valores cristianos del amor.

La cualidad benéfica de la profecía que la constituye en constructora le viene del mensaje y de la caridad. Cuando la profecía viene acompañada por la caridad, se ejerce en lugar de Dios, arraiga en el cogollo de lo cristiano y recaba para sus destinatarios la renovación. Una profecía que no se muestre constructiva será contraproducente, irá contra la corriente del Espíritu. Si el profeta no busca la pureza de la palabra de Dios, la claridad, para los efectos está hablando en lenguas³⁴.

- Profecía e intercesión. La relación entre profecía y caridad tiene semejanzas con la que existe entre profecía y servicio, o profecía

34 Cf. ESPINEL, *Profetismo cristiano*, 97-109.

y edificación. La profecía es un carisma, y por tanto es siempre en favor de los otros, de la comunidad. Por eso, Pablo reacciona contra los cristianos de Corinto, cuando éstos buscan los carismas mejores sin abrazar la caridad (1 Co 13,3). No comprenden que los carismas, entre ellos la profecía, son un servicio. Para Pablo, la existencia de profecía sin caridad es un absurdo, una frustración, pues la profecía tiene la misma finalidad que la caridad.

Como la profecía sin caridad no es nada y no puede subsistir, porque su falseamiento la anula, el cristiano que profetice se impregnará de las cualidades del amor. De lo contrario no hay más que verbosidad. En la profecía se transmite la experiencia de Dios, la captación de su voluntad y amor lo más ajustadamente posible a su complacencia. Por eso, podríamos tomar el himno de la caridad y substituir esta palabra por profecía: “la profecía es paciente, es benigna, no es envidiosa, no es jactanciosa...”. La profecía es don centrífugo, nace para otros, sin los otros no hay profeta.

El profeta está imbuido de los sentimientos del corazón de Cristo. Incluso cuando parecen reprochar o amenazar, siempre buscan como final la salvación. Por eso, después de que el profeta haya ejercido el aviso, se espera que ore para obtener de Dios el inicial proyecto: la salvación y perdón. La intercesión se une a la profecía por instinto, como se unen profecía y edificación, profecía y caridad. La profecía del laico cristiano ha de cobijar a sus hermanos con la oración, para amortizar sus tropiezos. Lo que parecía destemplanza a la hora de denunciar, se hace ternura en la intercesión. La intercesión es un servicio sustitutivo hecho con pupila de fe, un acto de amor a Dios y al pueblo. Jesús recupera la esencia profética de la intercesión, cuando anima a sus discípulos: “orad por los que os persiguen” (Mt 5,44; Lc 6,28). Las oraciones de intercesión son el ejercicio profético. La intercesión denota la responsabilidad profética³⁵ asumida por el fiel creyente.

35 Cf. *ibid.*, 114-118.

VIII. CONCLUSIÓN

La tradición judeocristiana destaca dos rasgos esenciales de la misión profética: el anuncio de la Palabra y la práctica de signos liberadores. El profeta ha recibido la Palabra de Dios y está obligado a proclamarla, anunciando liberación y denunciando el error. Propone al pueblo un futuro alternativo frente a un presente de pecado y opresión. Afectado por una profunda compasión, convoca a la conversión y la justicia, desde la perspectiva de los pobres. Pone signos liberadores y compromete al pueblo en una historia de liberación. Así abre camino a una historia salvífica y liberadora, a una esperanza que se afianza en la fidelidad de Dios a sus promesas³⁶

La participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo sacerdote, profeta y rey tiene su raíz primera en la unción del bautismo y los demás sacramentos de la iniciación cristiana. Los fieles laicos participan en el oficio profético de Cristo, acogiendo el Evangelio en su vida y testimoniándolo de palabra y de obra en todo ambiente con valentía y paciencia (ChL 14).

36 W. BRUEGGEMANN, *The prophetic imagination* (Philadelphia 1978) (trad. esp., *Imaginación profética*, Santander 1986).